

paradójica se nos ofrece cuando consultamos su motivación para trabajar: resulta que la mitad de los empleados —49,4 por 100— concibe el trabajo como estricto medio para ganar mucho u obtener seguridad económica, y que escasamente una tercera parte —30,5 por 100— señala como motivación importante de su trabajo que éste sea interesante o que se pueda ayudar a los demás.

Resulta de esto, que una gran parte de los empleados de Banca tiene una concepción estrictamente instrumental y humanamente vacía de algo en lo que están comprometiendo la tercera parte del tiempo de que disponen en su vida diaria.

Desconfianza sociopolítica.—Resumiendo, podíamos decir que el empleado de Banca no se fía ni de las personas que le rodean —más allá del círculo familiar—, ni de los que dirigen la sociedad en que vive —situación que se ha dado en llamar de «anomia»—; sus contestaciones son desconfiadas y recelosas de forma insistente.

¿Piensa usted que, hoy en día, uno no sabe de quién puede fiarse? Lo piensa el 68,5 por 100.

¿Piensa usted que a la mayoría de la gente realmente no le preocupa lo que pasa a su alrededor? Lo piensa el 69,2 por 100.

¿Piensa usted que la mayoría de los que mandan se interesan mucho con los problemas del hombre de la calle? Piensan que no el 62,1 por 100.

Las leyes actuales, ¿favorecen más a los ricos o a los pobres? Piensan que favorecen más a los ricos el 68,9 por 100.

Situación que resulta inquietante, pues una sociedad sana implica necesariamente una situación mayoritaria de confianza en la organización social y en sus componentes individuales.

División del país en clases.—El 96 por 100 de los entrevistados —casi la totalidad— tienen conciencia de que existen clases en el país. Casi todos éstos —84,1 por 100— se imaginan una estructura de tres o más clases, situándose mayoritariamente en la clase media. Este planteamiento predominante de tres clases es típico de las clases medias, que suelen situarse entre las más altas y las más bajas, formando un sistema en tres estratos básicos.

El 69 por 100 se siente unido a su clase, y al 61 por 100 le preocupan mucho los problemas de ésta.

Actitudes antisegregacionistas.—Los empleados de Banca están decididamente en contra de cualquier

discriminación racial; el 82 por 100 reaccionan en contra de la idea de que los negros son inferiores, y al 72 por 100 no les parecen en absoluto desaconsejables los matrimonios entre blancos y negros. Por otra parte, tan sólo un 18 por 100 califica a los orientales de pueblos «cruces».

Algo menos firme, pero todavía mayoritaria, fue la actitud cuando se acercó el problema a un ámbito cercano, planteándose si los gitanos eran tan apreciables y honrados como otro grupo cualquiera de la población: el 55 por 100 estuvo de acuerdo en esto, manteniéndose dudoso un 12 por 100.

Espíritu democrático general.—Varias preguntas se orientan a perfilar este rasgo; por de pronto, el 86 por 100 de los empleados opina que «las cuestiones más importantes de política nacional han de ser decididas según la opinión de la mayoría (por votación, por ejemplo)». Este dato refleja una clara actitud, que se refuerza con el 78 por 100, que opina que «debería haber mucha más controversia y discusión política en prensa, radio y televisión».

Por otra parte, el 64 por 100 tiene una opinión aún más decidida al señalar que «la libertad de expresión en la prensa, el cine, etcétera, no debería tener límites».

Promoción de la mujer.—El 70 por 100 piensa que todas las profesiones deberían estar abiertas a la mujer. El 71 por 100 piensa que es injusto que el varón tenga más libertad sexual. Asimismo, el 63 por 100 está en desacuerdo con que las mujeres sean inferiores a los hombres.

Humanización de los sistemas de castigo en la sociedad.—El 59 por 100 de los entrevistados expresó su opinión de que la pena de muerte es un salvajismo, y un número aún mayor —69 por 100— opina que la sociedad debería tratar de curar a los delincuentes, no de castigarlos. La repulsa es todavía más generalizada respecto a las penas corporales: un 76 por 100 opina que incluso los delitos caracterizados por la violencia no deberían ser penados con castigos corporales (palizas, etcétera).

Educación racional.—De forma masiva —86 por 100—, los entrevistados reaccionaron en contra de la siguiente afirmación: «La letra, con sangre entra; es un principio sano que conviene aplicar en nuestra enseñanza». La repulsa contra la enseñanza dura se complementa con la apertura sexual, que implica la siguiente actitud: el 93 por 100

opina que «a todos los niños y niñas de las escuelas debería dárseles alguna educación sexual».

Pacifismo.—Los empleados de Banca evidencian, con sus respuestas, ser antes pacifistas que nacionalistas hasta un punto inesperado y revelador: el 89 por 100 afirma con claridad que «en beneficio de la paz, los países deberían ceder en algo sus aspiraciones nacionalistas», y aún más: algo más de la mitad —51,8 por 100— están en desacuerdo con que «los que se

nieguen a ir a la guerra, basados en ideas pacifistas, traicionen a su patria y deban ser tratados como tales traidores». El dato se refuerza al abstenerse o declararse en duda un 14 por 100 complementario.

Quiere decirse que una gran parte de los empleados de Banca ven la paz como algo tan importante, que no consideran, de ninguna manera, castigable el que una persona se niegue a ir a la guerra por sus ideas pacifistas. ■ MANUEL PASTRANA. Foto: MANUEL URÍA.

La coyuntura económica

UNA SITUACIÓN AMBIGUA

EL crecimiento inflacionista que había caracterizado a la economía española durante 1969 hizo necesario, ante los desequilibrios puestos de manifiesto —esta vez, fundamentalmente, a través de la Balanza de Pagos—, la adopción de un conjunto de medidas desaceleradoras, que han venido incidendo sobre la coyuntura durante los primeros meses de 1970. Primero, fue un endurecimiento en las condiciones de ventas a plazos (Orden de 5-XII-1969); luego, el establecimiento de un depósito previo del 20 por 100 a las importaciones con seis meses de mantenimiento (O. M. de 11-XII-1969); posteriormente, el aplazamiento de la contratación del 10 por 100 de los créditos presupuestados para el año en curso, y, por último, la elevación del tipo de descuento del Banco de España del 5,5 al 6,5 por 100; y, en consecuencia, a través del mecanismo establecido en julio de 1969, el alza en todos los tipos de interés de nuestro sistema financiero. En resumen, una política monetaria y fiscal restrictiva que, como en ocasiones anteriores —ya va siendo una constante del ciclo expansivo de la economía española—, va encaminada a restringir una demanda excesiva, principal motor de los cambios y transformaciones operados en los últimos años. Pero, ¿de qué manera y en qué intensidad han influido realmente las anteriores medidas durante el primer semestre de 1970?

Un simple examen de la evolución de la demanda muestra que aunque, en parte, se han hecho patentes sus efectos, no puede decirse que hayan respondido fielmente a los objetivos previstos. Así, mientras que la evolución del consumo, tanto pú-

blico como privado, ha seguido una tendencia alcista, aunque relativamente más moderada, no ha ocurrido de la misma forma con la otra componente de la demanda: la inversión, que se ha visto seriamente afectada. Ni los gastos corrientes en bienes y servicios de la Administración Pública ni el consumo privado son variables sobre las que se puede actuar ya fácilmente, sobre todo cuando apenas se ha salido —ya la duración de los ciclos expansivos es muy limitada— de una congelación de rentas salariales, vigente desde el mes de noviembre de 1967. No es un secreto que, en muchas ocasiones, empresas y trabajadores —en una coyuntura alcista— han llegado a pactos colectivos difícilmente controlables, e incluso admitidos o promocionados por amplios sectores de la Administración.

Síntomas claros de recesión se han apreciado, sin embargo, más rotundamente en algunos sectores productivos, sectores que se han visto afectados tanto por las restricciones de crédito —los recursos ajenos del sistema bancario han descendido en más de un 5 por 100— como por las restantes medidas de índole restrictiva adoptadas en los últimos meses. La demanda de energía eléctrica sigue mostrando una tendencia decreciente, dentro de su expansión, aunque muchas otras actividades industriales atraviesan una coyuntura más favorable, que se manifiesta, por ejemplo, en un mayor volumen de las importaciones de materias primas.

No obstante todas estas consideraciones, la situación no está aún suficientemente clara, y así, la revista «España Económica» —cuyos análisis, cuando se trata de la coyuntura económica, son,